

## TRESCIENTOS AÑOS DE LA UCV NUESTRA ALMA MATER

Reinaldo Rojas<sup>1</sup>

### I

La creación y funcionamiento del sector universitario en Venezuela ha sido tardío, difícil y accidentado. Este año 2021, cuando nuestras universidades públicas están prácticamente cerradas por falta de recursos financieros para mantener sus actividades académicas y de investigación, pagar dignamente a su personal docente, administrativo y de servicios, garantizar los servicios estudiantiles y resguardar sus instalaciones, el país se apresta a celebrar los trescientos años de fundación de la Universidad Central de Venezuela.

La historia de la UCV, resume en gran parte, el tratamiento que el Estado venezolano le ha dado a la universidad, así como la valoración que nuestra sociedad tiene del papel de la ciencia y de la educación en el desarrollo nacional. Esta historia de 300 años es parte de la herencia institucional y cultural de la España conquistadora. De allí debemos partir.

### II

Como se sabe, la ciencia no fue un atributo que nos legara España. Ese período histórico que significó para Europa “la edad de la Razón”, iniciada en el siglo XVIII, no tuvo contrapartida en Hispanoamérica. Con la ruptura que propició la independencia, saltamos de la escolástica al positivismo, sin pasar prácticamente por la Ilustración. Los efectos hoy son eviden-

tes: no desarrollamos históricamente una cultura científica.

En un libro excepcional dedicado a rastrear el origen de nuestra conformación como pueblo, Rufino Blanco Fombona señaló que los conquistadores españoles eran hombres fatalistas, que le dieron a su empresa más cabida al azar que al cálculo, que carecieron de curiosidad intelectual frente a las maravillas que ofrecieron a sus ojos las culturas indígenas y que el anhelo de obtener fortuna con poco esfuerzo, degeneró en feroz codicia. La obra que citamos la tituló *El conquistador español del siglo XVI*, y fue escrita en 1921.

Ese predominio del sentir sobre el pensar, del afecto sobre la idea, de la intuición sobre la reflexión no es, efectivamente, condición que propicia el pensamiento crítico ni la tolerancia frente a la opinión adversa, sobre las cuales se forja el “espíritu científico”. Esta “*parquedad científica del continente ibérico*”, para utilizar una frase de don Marcelino Menéndez y Pelayo, ha sido analizada y debatida por grandes figuras de la ciencia española de nuestro tiempo, buscando claves para superar ese atraso evidente.

En nuestro medio, fue el Dr. Marcel Roche, médico venezolano formado en la Universidad Johns Hopkins, de los Estados Unidos, y reconocido investigador en el campo de la biomedicina, quien más se interesó en estudiar ese problema histórico y responder a esas mismas interrogantes, especialmente en su libro *La ciencia entre nosotros*, publicado en 1969.

Un primer elemento que destaca es el de la indiferencia con el que la sociedad mira la labor del científico. Ya en 1967,

<sup>1</sup> Profesor Titular jubilado de la UPEL, Doctor en Historia. Premio Nacional de Historia (Caracas, 1992) y Premio Continental de Historia Colonial de América Silvio Zavala (México, 1995) Presidente fundador de la Sociedad Venezolana de Historia de la Educación. En 2019 ingresó como Individuo de Número a la Academia Nacional de la Historia.

una encuesta señalaba que en el mundo empresarial, *el investigador* gozaba de prestigio, pero de un prestigio teórico, casi como decir, inútil. Pero hay otro factor no menos importante y que tiene que ver con lo que Ramón y Cajal señalaba como un pecado en el quehacer científico español: ir siempre hacia lo útil inmediato y al practicismo estrecho, buscando recetas y fórmulas de acción para resolver problemas.

Marcel Roche, en este mismo sentido, nos alerta de las “cien máscaras de la mediocridad” que frenan el quehacer científico. El primero es el de la sensibilidad social. Ésta le impone al científico, primero que todo, resolver problemas sociales. Lo contrario es caer en el elitismo, en el cientificismo. Por ello, la ciencia debe ser aplicada, o mejor, comprometida. Y en nuestras universidades, instituciones que por su naturaleza debieran desarrollar espacios para el cultivo, formación y difusión de la ciencia, la prioridad impostergable es la docencia.

Esta observación del Dr. Roche sigue presente entre nosotros, inclusive en este siglo XXI, cuando de un plumazo, el gobierno del entonces Presidente Hugo Chávez acabo con veinte años de labor formativa en el campo de la ciencia en nuestro país, al eliminar en 2009 el Programa de Promoción del Investigador (PPI), creado en 1990 y adscrito al CONICIT, por el Programa de Estimulo a la Investigación (PEI), que pone énfasis en una actividad científica enmarcada en una agenda de problemas concretos y pone en segundo lugar la actividad científica, en la búsqueda de resolver “problemas sociales concretos”, como si la ciencia existiera sin científicos. Del “fatalismo hispano” hemos pasado, pues, al inmediateismo revolucionario.

Y esa pérdida de estímulo en la formación de investigadores ha incidido e incidirá negativamente en la universidad del futuro, ya que detrás de ese llamado “compromiso

social”, según lo entienden los gobiernos de turno, se esconde el temor a una universidad crítica, autónoma y comprometida con la ciencia, la educación y la cultura del país.

Esa compleja relación, es la que se aprecia al mirar estos trescientos años de historia ucevista, ya que desde sus orígenes hasta el presente, nuestra universidad ha pasado largos periodos de tiempo cerrada, y perseguidos sus estudiantes y profesores. Recordemos esos orígenes de nuestra Real y Pontificia Universidad de Santiago de León de Caracas, hoy Universidad Central de Venezuela.

### III

Fue en 1696, ciento veintiocho años después de fundada Caracas, que la ciudad pudo contar con su primer instituto de estudios superiores: el Colegio Seminario de Santa Rosa de Lima, fundado en 1673 e inaugurado oficialmente en 1696 por el obispo Diego Baños y Sotomayor. La importancia de este Colegio Mayor, para la fundación de la futura universidad, esté en que en esa institución se crearon las primeras cátedras de estudio que van a permitir la erección de la Universidad en 1721.

Efectivamente, el 29 de agosto de 1696 se llevó a cabo el acto inaugural del Colegio Seminario, presidido por el obispo Baños y Sotomayor y el Capitán General don Francisco de Berroterán, con la asistencia de los catorce colegiales fundadores, el rector, vicerrector, consiliarios, catedráticos, alto clero y frailes escogidos para tal acontecimiento. En cuanto a las cátedras, entran en funcionamiento las de Prima, Moral, Filosofía, Retórica y Gramática, a cargo de catedráticos todos venezolanos. Luego se le agregó música a cargo del Pbro. Francisco Pérez Camacho, maestro de capilla de la Catedral de Caracas. ¿Qué pasó entonces en 1721?

Contando el Colegio Seminario “con nueve cátedras establecidas y dotadas con renta suficiente”, una matrícula de sesenta

estudiantes, fábrica material y “muy copiosa Librería, de todas las facultades”, el rey Felipe V resuelve “concederle, como le concedo, facultad para que pueda dar grados y erigirse este Colegio, en Universidad”, tal como reza la Real Cédula firmada por el monarca en Lerma, el 22 de diciembre de 1721. Siendo una institución al servicio de la Corona y sometida a la doctrina de la Iglesia, de sus aulas saldrán los ideólogos y líderes civiles de nuestra Independencia, empezando por Juan Germán Roscio, Miguel José Sanz y Andrés Bello.

El Libertador Simón Bolívar, cuando regresa a Caracas en 1827, le entrega a la Universidad nuevas Constituciones, bienes para su auto-sostenimiento, el derecho a los médicos de ejercer la rectoría de la Universidad y le permite a la institución abrir nuevas cátedras científicas que modernizarán sus estudios. Gracias a esta disposición, el médico José María Vargas fue electo Rector en 1827.

Entre 1830 y 1899, nos dice el Cronista de la UCV, Dr. Ildefonso Leal, la Universidad vivió momentos de esplendor y decadencia; de bonanza económica y miseria; de libertad académica y de intervencionismo oficial, con un Claustro que tuvo múltiples dificultades para renovar su personal docente debido al estado casi permanente de guerra civil que se vivió en aquellos años. Y si Bolívar le entregó en 1827 casas y haciendas para su sostenimiento, uno de sus egresados en Derecho, el general Antonio Guzmán Blanco, siendo Presidente de la República, logró apoderarse de esos bie-

nes y le aprobó un decreto anti-autonómico, en 1888, que facultaba al Ejecutivo para designar sus autoridades rectorales.

El periodo Castro-Gómez fue para la universidad época de cierres, persecución de profesores y represión de sus estudiantes. Por eso, en 1921 no hubo celebración bicentennial, ya que el gobierno de Gómez había cerrado la universidad en 1912, reabriéndola en 1922. Sin embargo, los estudiantes de Medicina a través del Consejo General de Estudiantes participaron al lado de la Cruz Roja en las campañas sanitarias contra la epidemia de la llamada “Gripe española”, en 1918 y 1919 y años más tarde, aquellos jóvenes universitarios elevaron su clamor de libertad con la insurgencia estudiantil de 1928.

## V

En este momento, cuando el país se prepara para celebrar el 21 de diciembre de 2021 el Tricentenario de nuestra *Alma Mater*, la Ciudad Universitaria, espacio decretado en el año 2000 Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, está sufriendo el deterioro de sus edificaciones por falta de recursos económicos para su mantenimiento, mientras sus aulas permanecen vacías por el cerco financiero y las amenazas permanentes de intervención que el gobierno venezolano le ha decretado a la Universidad Autónoma. Pero al igual que ayer, de la comunidad académica ucevista saldrá la fuerza para superar con éxito este nuevo desafío, esa fuerza espiritual que vence las sombras.